

CLXXX

Por Carlomagno hizo Dios un gran milagro; porque el sol se detiene, inmóvil. Huyen los infieles, y los francos, tenaces, les van dando caza. Los acorralan, al fin, en Val de las Tinieblas, y hacia Zaragoza los empujan aprisa, les asestan golpes con todo el corazón. Les cortan las sendas y los caminos más anchos. El Ebro está delante de ellos. El agua es allí profunda, temible, violenta. No hay allí barca, ni armadía, ni chalán. Los infieles suplican a uno de sus dioses, Tervagán, y después se precipitan. Pero nadie les protegerá. Los que llevan yelmo y loriga son los más pesados, y todos se hunden hasta el fondo. Los otros van flotando a la deriva. Los más afortunados beben hasta la hartura. Todos se anegan, al fin, con gran angustia. Los francos exclaman:

-¡Desdicha fue para vosotros haber visto a Roldán!

CLXXXI

Cuando Carlos ve que todos los infieles están muertos -unos alcanzados por el hierro y la mayor parte ahogados- y el gran botín que sus caballeros han hecho, desmonta, el rey gentil, se postra en tierra y da gracias a Dios. Al levantarse, el sol se ha puesto. Y dice el emperador:

-Es hora de acampar. Para volver a Roncesvalles es ya tarde. Cansados y agotados están nuestros caballos; desensillad, quitadles de sus bocas los frenos y por los prados dejadlos que se refresquen.

Decís bien, señor -responden los francos.

CLXXXII

El emperador ha acampado. Los franceses echan pie a tierra en el país desierto, quitan las sillas a los caballos y les quitan los frenos dorados. Los sueltan por los prados. Allí encontrarán mucha hierba tierna. No puede regalárseles mejor. El que está fatigado, duerme acostado en tierra. Esta noche no se pusieron guardias en el campo.

CLXXXIII

El emperador se ha tendido en un prado. Su gran lanza colocó cerca de la cabecera, él, el esforzado. Esta noche no ha querido desarmarse, y conserva su blanca loriga recamada, y lleva atado su yelmo de oro gemado y ceñida su espada Gozosa, que jamás tuvo par, y que muda la color treinta veces al día. Nosotros sabemos bien qué acaeció a la lanza con que fue lacerado Nuestro Señor en la cruz; Carlos, por la gracia de Dios, posee la punta, que hizo incrustar en la empuñadura de oro. Por este honor y esta gracia la espada recibió el nombre de Gozosa. Los barones de Francia no deben olvidarla; de ella tomaron su grito de guerra "Montjoie". Y por esto ningún pueblo puede sostenerse contra ellos.

CLXXXIV

Clara es la noche, y brillante la luna. Acostado está Carlos pero lleno de pesar por Roldán, y en su corazón se duele por Oliveros, y por los doce Pares, y por los franceses. En Roncesvalles los ha dejado muertos, todos ensangrentados. Lloro y se lamenta; no puede contenerse, y ruega a Dios que salve sus almas. Fatigado

está pues es muy grande la pena. Se duerme. No puede más. Por todos los prados los franceses se han dormido. Ni un caballo puede mantenerse en pie; si quieren hierba, la comen tumbados. Mucho aprendió aquel que ha sufrido.

CLXXXV

Carlos duerme como hombre torturado por una pena. Dios le envía a San Gabriel, a quien confía la custodia del emperador. Toda la noche permanece el ángel junto a la cabecera. Por una visión, le anuncia una batalla que le ha de ser librada. Se la muestra por signos funestos. Carlos ha alzado su mirada hacia el cielo, y allí ve los truenos, los vientos y el granizo, y las tormentas, y las tempestades prodigiosas, en medio de gran aparato de llamas y de fuego que, de repente, cae sobre todo su ejército. Arden las lanzas de fresno y de manzano y los escudos hasta sus bocas de oro puro. Crujen las astas de sus lanzas agudas, se tuercen las cotas y los yelmos de acero. Carlos ve a sus caballeros en gran desgracia. Después osos y leopardos quieren devorarlos; serpientes y víboras, demonios y dragones. Y más de treinta mil perros hay allí contra los francos que gritan:

-¡Carlomagno, ven en nuestra ayuda!

El rey está conturbado por el dolor y la lástima. El quisiera ir allá, pero se siente impedido. De un bosque se abalanza contra él un gran león, lleno de rabia, de orgullo y de arrojo. El león le hace su presa y le acomete. Ambos luchan cuerpo cuerpo. Pero Carlos no sabe quién está debajo ni quién está encima. El emperador aún no se ha despertado.

CLXXXVI

Después de esta visión otra le vino:

Él estaba en Francia, en Aquisgrán, sobre un estrado, y tenía a un oso encadenado con dos cadenas. Por el lado de Ardena veía venir a treinta osos, y cada uno hablaba como un hombre; le decían:

-Devolvédnoslo, señor. No es justo que lo retengáis más tiempo. Es nuestro pariente. Le debemos nuestra ayuda.

De su palacio llega corriendo un lebrél. Sobre la hierba verde, más allá de los otros, ataca al oso más grande. Allí el rey contempla un maravilloso combate. Pero no sabe quién vence ni quién es el vencido. Ved lo que el ángel de Dios ha mostrado al barón. Carlos duerme hasta la mañana siguiente y ya claro el día.

CLXXXVII

El rey Marsil ha huido a Zaragoza. Puso pie a tierra a la sombra de un olivo, y entrega a sus hombres su espada, su yelmo y su loriga. Sobre la hierba verde se acuesta, miserablemente. Entera ha perdido su mano diestra, y tanta sangre le brota que desfallece de angustia. Ante él, su mujer, Abraima, llora y grita, se lamenta a grandes voces. Con ella más de veinte mil hombres que maldicen a Carlos y a la dulce Francia. Corren hacia Apolo, que adoran en una cripta y se quejan y le ultrajan feamente:

-¡Ah, dios malvado! ¿Por qué nos condujiste a tamaña afrenta? ¿Cómo has tolerado la derrota de nuestro rey? ¡A quien fielmente te ha servido, le pagas con bien menguado salario!

Después le quitan el cetro y la corona. Lo derriban por tierra a sus pies, y lo muelen a palos. Después arrancan su carbunco a Tervagán. A Mahoma lo arrojan en un foso donde puercos y perros le patean y le muerden.

CLXXXVIII

Marsil ha vuelto de su desmayo. Se hace conducir a su cámara de bóveda, donde hay trazados y pintados emblemas de diversos colores. Y la reina Abraima llora con él, y se arranca los cabellos, llamándose a sí misma ¡desventurada!, y después en alta voz exclama:

-¡Ah! ¡Zaragoza, qué desamparada te ves al perder a tu rey gentil, que te tenía sujeta a su baífa! ¡Felones fueron nuestros dioses que esta mañana le fallaron en batalla! Cometerá una cobardía el emir, si no viene a combatir con esa raza atrevida, con esos esforzados tan fieros que no se cuidan de sus vidas. El emperador de la barba florida es valiente y sobrado de jactancia. Si el emir le ofrece una batalla, no la ha de rehuir. ¡Qué duelo no haber un hombre que lo mate!

CLXXXIX

Siete años cabales ha morado en España, de viva fuerza, el emperador. En ella conquistó castillos y ciudades sin número. El rey Marsil se esfuerza en resistirlo. Ya en el primer año hizo sellar sus breves; de Babilonia ha requerido a Baligán: es el emir; el anciano cargado de días que vivió más que Virgilio y que Homero. Que él venga a Zaragoza a socorrerlo. Si no lo hace, Marsil renegará de sus dioses y de todos los ídolos que adora. Y recibirá la ley cristiana. Hará la paz con Carlomagno.

Mas el emir está lejos, y ha tardado demasiado. Llama a sus gentes de cuarenta reinos; manda aprestar sus grandes embarcaciones, esquifes, lanchas, galeras y navíos. Cabe Alejandría hay un puerto, cerca del mar: allí hace reunir toda la flota. Es en mayo, el primer día del verano, cuando lanzan al mar todas sus armadas.

CXC

Grandes son las armadas de esta odiada raza. Singlan los infieles a fuerza de velas; reman y gobiernan. En la punta de los mástiles y sobre las altas proas centellean numerosos carbunclos y linternas. Tal claridad arrojan de lo alto que, a la noche, el mar es allí más bello. Como ya se acercan a la tierra de España, la costa se ilumina toda y resplandece. Hasta Marsil ha llegado la nueva.

CXCI

La gente de los infieles no se cura de hacer escalas. Dejan el mar y penetran en aguas dulces. Detrás queda Menorca y después Mallorca. Remontan el Ebro con todas sus naves. Brillan linternas y carbunclos sin número, y durante toda la noche les prestan una gran claridad. Al amanecer llegan a Zaragoza.

CXCII

Claro es el día y brillante es el sol. El emir ha bajado de su nave. A su derecha avanza Espanelís, y tras ellos marchan diecisiete reyes, y condes y duques, de los cuales no sé el número. Bajo un laurel, en medio de un campo, tienden sobre la hierba verde un tapiz de seda blanca, y levantan allí un trono, todo de marfil. En él se sienta el pagano Baligán, mientras los otros permanecen en pie. Su señor habla el primero:

-Escuchad, valientes caballeros libres: Carlos, el rey, emperador de los franceses, no tiene derecho a comer si yo no lo permito. Por toda España me vino haciendo grande guerra. En la dulce Francia quiero requerirle. No descansaré en toda mi vida mientras él no sea muerto o se confiese vencido.

En rehén de su palabra, golpea la rodilla con el guante derecho.

CXCIII

Puesto que él lo dijo, promete firmemente que, por todo el oro que existe bajo el cielo, no dejará de ir a Aquisgrán, donde tiene Carlos sus consejos. Sus hombres lo alaban y le aconsejan de la misma manera. Entonces llama a dos de sus caballeros, el uno es Clarifán y el otro Clariano:

-Sois -les dice- hijos del rey Maltrayén, que acostumbraba a llevar con buena voluntad los mensajes. Yo os encargo que vayáis a Zaragoza. Anunciad de mi parte al rey Marsil que he venido a ayudarlo contra los franceses. Si encuentro ocasión, ha de haber una gran batalla. En prenda, dadle este guante bordado de oro y que se calce con él su mano derecha. Llevadle también este bastoncito de oro puro, y decidle que venga a mí para reconocer su feudo. Yo iré a Francia para guerrear contra Carlos. Si él no implora mi gracia, postrado a mis pies, y no reniega de la ley de los cristianos, yo quitaré de su cabeza la corona.

-Señor, bien habéis hablado -responden los infieles.

CXCIV

Baligán añade:

-¡Barones, a caballo! Que lleve uno el guante y el otro el bastón.

-¡Querido señor -responden ambos-, así lo haremos!

Tanto cabalgan que ya están en Zaragoza. Salvan diez puertas, cruzan cuatro puentes y recorren las calles donde están los burgueses. Cuando se aproximan a lo alto de la ciudad, escuchan un gran rumor que llega del palacio. Allí está reunido un tropel de infieles que lloran, gritan y llevan gran duelo: lamentan el no tener ya a sus dioses Tervagán, Mahoma y Apolo, y se dicen uno al otro:

-¡Desdichados! ¿Qué será de nosotros? ¡Nos ha caído gran azote! Perdimos al rey Marsil: ayer el conde Roldán le tronchó el puño derecho. Tampoco tenemos a Jurfaret el Rubio. ¡Toda España estará en adelante a su merced!

Los dos mensajeros ponen pie a tierra frente al portón.

CXCIV

Dejan sus caballos bajo un olivo; dos sarracenos les han tomado las riendas. Y los mensajeros se recogen los mantos, y luego suben a lo más alto del palacio. Al entrar ambos en la sala abovedada, hacen por amistad un mal saludo:

-¡Que Mahoma, que nos tiene en batalla, y Tervagán y Apolo, nuestro señor, salven al rey y guarden a la reina!

-¡Locas palabras escucho! -dice Abraima-. Estos dioses que nombráis, nuestros dioses, nos han fallado. En Roncesvalles han hecho feos milagros. Han dejado degollar a nuestros caballeros. Han abandonado a mi señor, que veis aquí, en la batalla. Él ha perdido su mano derecha: Roldán la tronchó, el conde poderoso. ¡Carlos tendrá ya en señoría a toda España! ¿Qué será de mí, dolorida, desventurada? ¡Ay! ¿No habrá aquí quién me mate?

CXCVI

Clariano dice:

-¡Señora, no habléis más en balde! Somos mensajeros de Baligán, el infiel. El defenderá a Marsil, así lo ha prometido. En prenda le envía su guante y su bastón. Tenemos en el Ebro cuatro mil chalanes, esquifes, barcos y veloces galeras; tantos navíos que he perdido de ellos la cuenta. El emir es fuerte y poderoso. Irá a Francia en pos de Carlomagno. Se sabe capaz de matarlo o de reducirlo a su merced.

-¿Por qué va tan lejos? -dice Abraima-. Más cerca de aquí podéis hallar a los francos. Siete años hace que en este país mora el emperador. Él es audaz y buen guerrero. Morirá antes que huir de un campo de batalla. No hay bajo el cielo rey a quien él tema menos que se teme a un niño. Carlos no teme a hombre vivo.

CXCVII

-¡Basta! -dice el rey Marsil. Y a los mensajeros:

-Señores, es conmigo con quien hay que hablar. Ya lo veis, la muerte me estrecha, y yo no tengo ni hijo ni hija ni heredero. Uno tenía y éste ayer noche lo mataron. Decid a mi señor que venga a verme. El emir tiene derechos sobre la tierra de España. Si él la quiere, yo se la entrego en feudo. ¡Pero que él la defienda contra los franceses! Yo le daré un buen consejo en lo que atañe a Carlomagno. De este día en un mes ha de ser prisionero del emir. Vosotros le llevaréis las llaves de Zaragoza. Decidle que no tendrá que irse si él me cree.

-Bien decís, señor -responden ellos.

CXCVIII

Dice entonces Marsil:

-Carlos, el emperador, ha matado mis hombres, ha devastado mis tierras. Mis ciudades por él han sido forzadas y violadas. Esta noche acampó a orillas del Ebro. De nosotros lo separan siete leguas; yo las he

contado. Decidle al emir que conduzca aquí sus ejércitos. ¡Yo le ruego, por vosotros, que entable allí la batalla!

Les ha entregado las llaves de Zaragoza, y los dos mensajeros, a la vez, hacen reverencia ante Marsil. Y con su venia se regresan.

CXCIX

Los dos mensajeros han montado a caballo. A rienda suelta se alejan de la ciudad, y se dirigen en busca del emir con gran confusión. Le presentan las llaves de Zaragoza y dice Baligán:

-¿Qué habéis sabido? ¿Dónde está Marsil, a quien os envié?

-Herido está de muerte -responde Clariano-. En el paso de los puertos estaba ayer el emperador. Quería retornar hacia la dulce Francia, y había formado una retaguardia muy propia para darle honor; porque allí estaba su sobrino, el conde Roldán, y Oliveros, y todos los doce Pares y veinte mil de los de Francia, todos caballeros. El rey Marsil, el esforzado, les libró batalla. Él y Roldán se enfrentaron, y Roldán le asestó tal golpe con su Durandarte, que le separó del cuerpo el puño derecho. Mató al hijo de Marsil, tan amado de su padre, y a los barones que llevaba éste consigo. Marsil volvió huyendo; ya no podía resistir, y el emperador, con violencia, le persigue. El rey os ruega que le socorráis. Él os cede en franquicia el reino de España.

Baligán comienza a meditar. Tal duelo le acomete que está cerca de volverse loco.

CC

-Señor emir -dice Clariano-, en Roncesvalles se libró ayer una batalla. Muerto fue Roldán y con él el conde Oliveros, y los doce Pares que tanto amaba Carlos. De sus franceses, veinte mil fueron muertos. El rey Marsil perdió allí la mano derecha, y el emperador le persiguió violentamente. En esta tierra no queda ya un caballero que no haya sido muerto por el hierro o ahogado por el Ebro. En la ribera han acampado los franceses. Tan cerca están de nosotros en esta tierra que, si vos queréis, la retirada va a serles muy dura.

La mirada de Baligán se vuelve fiera; su corazón se llena de gozo y de ardor. De su trono se alza, y erguido, grita:

-¡Barones! ¡No tardéis! ¡Salid de los navíos! ¡Ensilad y cabalgad! Si no se escapa el viejo Carlomagno, pronto hemos de vengar al rey Marsil. ¡Por la mano derecha que ha perdido, yo le entregaré la cabeza del emperador!

CCI

De los bajeles han salido los infieles de Arabia. Después montan en sus caballos y en sus mulos. Empiezan a cabalgar, ¿qué podrían hacer mejor? Y el emir, que les puso en movimiento, llama a Gemalfin, uno de sus fieles:

-Yo te confío todos mis ejércitos.

Después, monta en su caballo bayo. Con él van cuatro duques, y tanto cabalga que llega a Zaragoza.

En un vestíbulo de mármol echa pie a tierra, y cuatro condes le sostienen el estribo. Por la escalinata sube hasta el palacio, y Abraima acude a su encuentro, y le dice:

-¡Cuitada de mí! ¡Nacida en mala hora, señor! ¡He perdido a mi señor, y con qué afrenta!

Abraima se deja caer a sus pies; el emir la levanta, y los dos suben hacia la cámara llenos de dolor.

CCII

El rey Marsil, apenas ve a Baligán, llama a dos sarracenos de España y les dice:

Tomadme en vuestros brazos y alzadme.

Con su mano izquierda ha tomado uno de sus guantes, y dice al emir.

-Señor rey, os entrego todas mis tierras, y Zaragoza y el feudo que de ella depende. Estoy perdido y he perdido todo mi pueblo. Y el emir responde:

-Gran pena tengo por ello. Y no puedo partir con voz largamente. Sé que Carlos no me aguarda. Pero recibo vuestro guante.

Lleno de dolor, se aleja llorando. Baja las gradas del palacio, monta en su caballo, y regresa a sus tropas a fuerza de espuelas. Cabalga con tal ímpetu que se adelanta a los demás lanzando a cada instante este grito:

-¡Venid, infieles! ¡Los franceses ya se precipitan en su huida!

CCIII

En la mañana, cuando empezó a apuntar el alba, Carlos, el emperador, despierta. San Gabriel, que le custodia en nombre de Dios, alza la mano y lo persigna. El rey se descifne sus armas, las depone y, como él, en todo el ejército se desarman los demás. Luego montan en sus corceles, y por los largos caminos y por las sendas largas cabalgan con gran presteza. Van a ver el prodigioso daño en Roncesvalles, allí donde fue la batalla.

CCIV

A Roncesvalles ha llegado Carlomagno. Por los muertos que él encuentra comienza a llorar. Dice a los franceses:

-Señores, id al paso. Debo ir adelante de vosotros, por mi sobrino, que quisiera volver a encontrar. Estaba en Aquisgrán el día de una fiesta solemne, cuando mis valientes caballeros se ufanaron de grandes batallas, de fuertes asaltos que libraron. Yo oí a Roldán una cosa: que si él debía morir en reino extraño, se habría adelantado a sus hombres y a sus Pares, y que se hallaría vuelto su rostro hacia el país enemigo: así, el valiente, terminaría como vencedor.

Un poco más lejos de lo que se puede arrojar un bastón, más allá de los demás, sube el emperador a un altozano.

CCV

Mientras va buscando a su sobrino, halla en el prado tantas hierbas, cuyas flores están bermejas de la sangre de sus barones. Le viene una gran lástima y no puede contener el llanto. Bajo dos árboles ha llegado. Allí reconoce, sobre tres peñas, las huellas de los golpes de Roldán. Sobre la hierba verde ve que yace su sobrino. ¿A quién sorprenderá que él se estremezca de dolor? Baja del caballo, allá va corriendo. Entre sus dos manos (sostiene la cabeza de Roldán). Y es tal su angustia que sobre él desfallece.

CCVI

El emperador vuelve de su desmayo. El duque Naimón y el conde Acelino, Godofredo de Anjou y su hermano Enrique, le sostienen, le alzan bajo un pino. Ve a sus pies yacente a Roldán y, con dulzura, sobre él, le dice el adiós:

-¡Roldán amigo, que Dios te perdone! Ningún hombre vio tal caballero que, como tú, pudiese acometer y ganar tan grandes batallas. Ya mi honor ha comenzado a declinar.

Carlos no puede más y desfallece.

CCVII

El rey Carlos vuelve de su desfallecimiento. Cuatro de sus barones le sostienen con las manos. Él mira al suelo y ve yacente a su sobrino. Su cuerpo se conserva hermoso, pero ha perdido la color. Vueltos tiene los ojos, y todos llenos de tinieblas. Sobre él dice Carlos su lamento por el amor y por la fe.

-¡Roldán, amigo! ¡Que entre flores lleve Dios tu alma al Paraíso, entre los glorificados! ¡A qué mal señor has seguido en España! No amanecerá un día en que yo por tí no sufra. ¡Cómo va a decaer mi fortaleza y ardimiento! ¡Ya no tendré quien afiance mi honor: me parece no tener ya un solo amigo bajo el cielo! ¡Parientes me quedan, pero ninguno tan esforzado!

A manos llenas se arranca sus cabellos. Cien mil franceses están traspasados de un dolor muy grande; ni uno deja de deshacerse en lágrimas.

CCVIII

-Roldán amigo, yo me iré a Francia. Cuando esté en Laon, en mi dominio privado, de todos los reinos vendrán vasallos extranjeros. Me preguntarán: "¿Dónde está él, el conde capitán?" Les diré que murió en España, y ya siempre reinaré lleno de dolor, y jamás tendré un día sin llorar y sin gemir.